
*Cuando ya no importe:
últimas noticias de Santa María**

Mario Benedetti

Santa María es un *habitat ficto*, posterior al Condado de Yoknapatwpha faulkneriano, pero anterior, en una geografía semi-imaginaria, a la Comala de Rulfo, el Macondo de García Márquez y la Región de Juan Benet. A pesar de que los críticos habían dictaminado que una novela como *Dejemos hablar al viento* –en cuyo último capítulo la mítica ciudad se incendia– cerraba definitivamente el ciclo de Santa María, en *Cuando ya no importe*, su nueva novela, ella renace de sus cenizas, aunque con una grafía más compacta –ya no es Santa María, sino Santamaría, como si el antiguo fuego la hubiera concentrado–, pero por otra parte se disgrega, dividiéndose en dos: Santamaría Nueva y Santamaría Vieja.

No es improbable que este nuevo libro sea etiquetado como novela de amor y contrabando, y efectivamente lo es, pero también es mucho más. Como siempre «imparcial entre su corazón y el mundo», Onetti teje y entreteje otra historia de fatalidades y lo hace con la sabiduría literaria que es la primera de sus constantes vitales. El protagonista, ese habitual antihéroe de Onetti, un ingeniero Carr que ni es ingeniero ni se llama Carr, consigue una extraña ocupación, una ganga que, además de buen salario, le brinda ocio, aislamiento, alcohol, prostíbulo y novelitas policiacas que lee con la misma voracidad que el propio autor.

Varios habitantes del orbe onettiano comparecen en esta provincia del matute, donde el sexo y la melancolía son también mercancías de estraperlo.

* Este texto fue leído con motivo de la presentación de *Cuando ya no importe*, última novela de J. C. Onetti, en la Casa de América (Madrid, 1993).



Algunos asisten en persona: digamos el médico Díaz Grey, a quien conocemos desde *La vida breve*, *El astillero*, *Juntacadáveres*. Pero también hay nombres que son datos del pasado, meras referencias en los diálogos, fantasmas que se cruzan con los sobrevivientes. Son el farmacéutico Barthé, el cura Bergner, Jeremías Petrus y su astillero. Y hasta reaparece Brausen, que de haber sido –en *La vida breve*– el personaje que se desdoblaba en dos, Arce y Díaz Grey, y hasta se permitía el lujo de crear un personaje llamado Onetti, ahora es apenas el nombre de un bar de mala muerte.

Aquí y allá, la novela le hace guiños cómplices al lector europeo –signos de Gide, Valéry, Camus– pero esos guiños se vuelven particularmente cómplices cuando se dirigen al lector montevideano. Por ejemplo, el perro de Carr se llama Trajano y las dos últimas palabras de la novela son: Lloverá siempre. «Trajano» y «Lloverá siempre» son –además de otros orígenes– dos conocidos títulos de la literatura uruguaya.¹ A diferencia de la mayoría de sus novelas, casi intemporales, ésta nos sugiere que su tiempo particular es el de un pasado muy cercano: en la página catorce hay, por ejemplo, una referencia nada ambigua al Quinto Centenario.

Las cuotas de sexo las cumple Carr con doña Eufrasia, con cierta inquietante mujer llamada Mirtha, y en general con las estragadas putas del *Chamamé*. Pero la cuota de amor queda para Elvirita, la niña rubia que crece a su vera hasta que se convierte en los quince años angelicales y prostituidos de María Elvira. Si tras concluir la lectura de cualquier novela de Onetti, quedamos siempre al acecho de nuevos e inéditos pormenores, esta vez lo que esperamos, también nosotros moribundos de amor, son noticias de Elvirita.

Y no le digo más, por razones obvias. En el pórtico de esta entrañable y conmovedora novela, el autor estampa la siguiente advertencia:

Serán procesados quienes intenten encontrar una finalidad a este relato;
serán desterrados quienes intenten sacar del mismo una enseñanza moral;
serán fusilados quienes intenten descubrir en él una intriga novelesca.

Juro que no he intentado hallar una finalidad, ni mucho menos extraer una enseñanza moral. Es posible que sí haya descubierto una intriga novelesca, pero mi única opción es guardar el secreto. No quiero ser fusilado en plena adolescencia.

¹ El primero, una novela de Sylvia Lago, el segundo de Carlos Denis Molina, novela que Onetti prologó en su segunda edición: Montevideo, Arca, 1967.

